

# RETOS DE LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN  
EN HONOR DE LA DRA. MARÍA TERESA AUBACH GUIU

*Editores:*

Gerardo Pastor Ramos  
Rosa Pinto Lobo  
Javier Nó Sánchez  
Ángel Losada Vázquez  
Ana Díez Valcarce



PUBLICACIONES UNIVERSIDAD PONTIFICIA  
SALAMANCA



**Caja Salamanca y Soria**

---

## LOS ORÍGENES DE LA SEMIÓTICA. ENTRE SAUSSURE Y PEIRCE

MARÍA DEL MAR LLERA LLORENTE

Habitualmente se considera que son dos los padres de la contemporánea teoría de los signos: Ferdinand de Saussure, en la Europa francófona, y Charles Sanders Peirce, en el ámbito anglosajón norteamericano.

El *Curso de Lingüística General* de Saussure fue publicado en 1916, a partir de las notas que sus alumnos tomaron en los tres cursos impartidos por el maestro en la Universidad de Ginebra durante el período que va de 1906 a 1911.

El Departamento de Filosofía de la Universidad de Harvard en 1931 se ocupó de la edición de algunos trabajos que Peirce había realizado entre 1857 y 1914.

La característica común a ambas publicaciones es que fueron realizadas por discípulos sobre bases metodológicamente deficientes en cuanto a su sistematicidad, homogeneidad, coherencia, completitud...

Esta coincidencia no es importante frente a la que les hace compartir el puesto de fundadores de la semiótica, una vez unificadas las acepciones *sémiologie* y *semiotics* por la Asociación Internacional de Semiótica en 1969.

Sin embargo, la lectura de las obras citadas revela grandes divergencias entre ambos autores. Tanto, que algunos señalan dos paradigmas distintos y se resisten a aceptar esa unificación<sup>1</sup>.

Nosotros, aun comprendiendo tal resistencia, hemos hallado también las afinidades que justifican la actuación de la Asociación Internacional de Semió-

1 Cf. Prólogo de la *Obra lógico-semiótica* de Ch. S. Peirce, por F. Peraldi, Univ. Montreal.

tica, así como numerosos trabajos de investigación, como los elaborados por R. Jakobson.

Sin embargo, no queremos caer en el error de juzgar a un pensador desde los esquemas de otro. E. Benveniste evalúa a Peirce desde la perspectiva de Saussure y —desde nuestra perspectiva— tanto sus similitudes como sus diferencias prohíben tal evaluación.

Atender a sus diferencias lleva a adjudicarles marcos conceptuales inconmensurables —no sólo distintos— y atender a sus semejanzas lleva a concederles un territorio común: la semiótica como dominio disciplinar más o menos unificado.

Somos conscientes de que el rigor epistemológico condena la unificación por razones de método, pero también advertimos el carácter relativo de tales razones, así como la permanente creatividad de la inteligencia investigadora, en la actual revisión del positivismo científico. Ella nos conduce en este trabajo a una transposición, a un ejercicio de transtextualidad.

Tal ejercicio permite señalar en primera instancia que Peirce y Saussure participan de una común preocupación por fundar sólidamente sus investigaciones. Esta preocupación inspira, sin embargo, un estudio por dos caminos diferentes, es más: de algún modo orientados a la inversa. Mientras Peirce parte de que los signos son la urdimbre del pensamiento, Saussure comienza por la expresión de ese pensamiento en ciertos fenómenos sonoros y articulatorios, a los que reconoce un carácter psíquico. Este carácter les permite asociarse a conceptos de la misma naturaleza, constituyendo una peculiar entidad: el signo<sup>2</sup>.

Umberto Eco, en su ya clásico *Tratado de Semiótica General*, compara estos dos planteamientos y concluye que el de Peirce es más dinámico, más próximo a la crítica deconstruccionista de la noción de signo.

Sin poner en cuestión la autoridad de Eco, para nosotros prima un hecho que él mismo ha podido advertir: los textos de Saussure son lo suficientemente abiertos como para permitir diversas interpretaciones, algunas de ellas tan cercanas a Peirce que reducen en mucho el ámbito de su enfrentamiento.

Simplemente en la citada cuestión, un breve apunte de Saussure nos resulta revelador: «En cuanto al término *signo*, si nos contentamos con él es porque, no sugiriéndonos la lengua usual cualquier otro, no sabemos con qué reemplazarlo»<sup>3</sup>.

2 Saussure rechazó explícitamente la teoría de los Neogramáticos condensada en los *Prinzipien der Sprachgeschichte* de Hermann Paul. Sin embargo, se aproximó a ella al tratar del mecanismo del habla según las categorías asociacionistas herbartianas. Esta incongruencia parece menos grave si se tiene en cuenta que Saussure no pudo revisar su *Curso de Lingüística General* debido a su prematura muerte.

3 F. Saussure, *Curso de Lingüística General*, p. 90.

La investigación de Peirce gira en torno al concepto de representación; la de Saussure en torno a la lengua. Peirce estructura en una tríada la relación representativa; Saussure la plantea dicotómicamente. Ahora bien: la categoría de *interpretante*, con la que Peirce se aproxima a Kant, puede considerarse implícita en la categoría sistémica y social que Saussure adjudica a la lengua.

Peirce incluye en su semiótica las existencias reales; no así su coetáneo ginebrino, cuyos discípulos acentuaron su orientación inmanentista. Pero si indagamos la concepción peirciana de la referencia, advertiremos que *no exige trascender* el ámbito signico, porque la realidad interesa a la semiótica sólo en su condición de objeto para un interpretante que es inmanente a él. No hay ningún signo sin referente: es el punto de vista peirciano. El referente se agota en el significado de tal: es su primera explicación.

Ahora bien, la diferencia parece insalvable cuando Peirce hace de su objeto una actividad, la semiosis ilimitada, y Saussure en cambio estudia la lengua como producto convencionalmente establecido. Aquí el enfrentamiento es cierto. Pero no podemos olvidar las constantes matizaciones saussurianas respecto de la articulación entre diacronía y sincronía, entre lengua y habla, entre hecho social y creación individual. Parece que la perspectiva de Saussure es más un recurso metodológico que una visión antagónica de la realidad.

De esta manera, los hallazgos de estos dos autores, aunque producidos por separado, en ámbitos geográficos y disciplinares —e incluso paradigmáticos— distintos, se armonizan leídos desde la perspectiva de nuestro tiempo. Porque si Saussure fue un revolucionario, Peirce fue un visionario, cuya precocidad le relegó a un notable desconocimiento por parte de la comunidad científica.

Para justificar su búsqueda del rigor científico, Saussure reconstruye sucintamente la historia del estudio de la lengua en tres estadios. El primero, inaugurado por los griegos y proseguido sobre todo por los franceses, es la gramática. Fundada en la lógica y dirigida a la normativa más que a la observación, queda al margen de la científicidad. El segundo es la filología que arranca de F. A. Wolf en 1777 con el propósito de «fijar, interpretar y comentar los textos». Su excesiva focalización en la lengua escrita y concretamente en sus fuentes grecolatinas, así como su orientación crítica, la alejan del objeto específico de la lingüística. El tercer estadio corresponde a la gramática comparada que hasta 1870 no se preocupó de la naturaleza de su objeto de estudio, ni del fin de sus comparaciones.

A partir de esta fecha, la lengua se ha concebido como «un producto del espíritu colectivo de los grupos lingüísticos», pero «todavía hoy los problemas fundamentales de la lingüística general aguardan solución»<sup>4</sup>. Para lograrla, debe

4 F. Saussure, *op. cit.*, pp. 20-21.

realizarse una descripción histórica de las distintas lenguas en busca de leyes universales, así como de la propia definición de la lingüística.

Su ámbito disciplinar debe separarse del correspondiente a otras ciencias: la etnografía, la prehistoria, la antropología..., ¿pero también de la sociología o la psicología social? No, porque «todo es psicológico en la lengua»<sup>5</sup>. «La lengua es un sistema de signos que expresan ideas»<sup>6</sup>.

Peirce, por su parte, sostiene que «los símbolos son la urdimbre y la trama de toda investigación y de todo pensamiento, y que la vida del pensamiento y de la ciencia es la vida inherente a los símbolos; por tanto, no es acertado afirmar sólo que el lenguaje es importante para el buen pensamiento, porque es parte de su misma esencia»<sup>7</sup>.

Ambos ponen el pensamiento en el punto de partida. Saussure, de un modo más empírico, lo juzga objeto de la psicología social. Peirce, de una lógica-semiótica concebida como ciencia del pensamiento y los signos que lo constituyen<sup>8</sup>.

Nuestra concepción actual de la cientificidad puede llevarnos a apoyar la propuesta de Saussure como más rigurosa, más adecuada a un objeto determinado a la vez por categorías formales y por condicionamientos empíricos. Sin embargo, la teoría que Saussure elabora después de realizar esta opción no es propiamente psicolingüística, mientras que la teoría de Peirce sí es coherente con su punto de partida.

Esa coherencia se manifiesta en su «álgebra universal de las relaciones» que articula las diversas manifestaciones del pensamiento, incluyendo no sólo la conciencia, sino la totalidad de lo real. La realidad es pensamiento porque posee una racionalidad inmanente que se expresa a través de signos. Éstos no requieren intencionalidad subjetiva para existir. Basta que se integren en la red de relaciones que configura la naturaleza del pensar.

En este punto Saussure no quiere pronunciarse. Su explícito rechazo del problema de la referencia, origen del inmanentismo estructuralista, parece distanciarlo de Peirce, quien sin embargo comparte su orientación inmanentista al unificar la teoría de la referencia y la teoría de la significación. Para el semiótico anglosajón no cabe separar la semántica extensional de la intensional, porque las condiciones de verdad de los signos son sus condiciones generativas.

Al tomar una misma dirección, ambos advierten el carácter impersonal del sistema de relaciones que es matriz de los signos. Ambos despojan al sujeto

5 F. Saussure, *op. cit.*, p. 22.

6 F. Saussure, *op. cit.*, p. 32.

7 Ch. S. Peirce, *Collected Papers*, § 2.220.

8 Ch. S. Peirce, *op. cit.*, § 4.539.

del protagonismo que le había otorgado la modernidad. El hallazgo contemporáneo del inconsciente, de las determinaciones impensadas de todo pensar, vive en los dos pioneros de la semiótica.

Sin embargo, Saussure mantiene todavía una concepción instrumentalista del lenguaje, lo cual no sucede en Peirce. Parece como si Saussure no hubiese meditado suficientemente las implicaciones de su teoría sistémica, pues en ella reconoce algo que contradice tal instrumentalismo. El sistema de la lengua escapa a la voluntad de dominio e incluso a la capacidad de reflexión de los hablantes: es el marco inconsciente en el que éstos efectúan sus conscientes actos de habla; ¿en qué consiste aquí el fenómeno instrumental?

En este punto, Saussure no sigue manteniendo que la lengua es una herramienta al servicio de los intereses humanos. Por el contrario, excluye la subjetividad de la esencia del signo, y reduce éste a una articulación dicotómica entre *signifiant* y *signifié*, donde no cabe el interpretante dinámico de Peirce, el sujeto-signo.

Ante este giro, la posición peirciana nos parece más coherente. Peirce denuncia desde el principio la moderna racionalidad instrumental. El sujeto de Peirce, con el pensamiento que lo define, no posee en ningún momento la hegemonía, porque él mismo, en su naturaleza signica, se encuentra sometido a leyes de naturaleza impersonal. Los senderos de los dos teorizadores confluyen pues, finalmente, en el rechazo de la subjetividad ilustrada, pero para ello Saussure lleva a cabo un viraje, mientras que Peirce prosigue en su primera orientación.

Por otra parte, el signo saussuriano parece fijado por la asociación entre el plano significante y el plano significado, mientras que el signo de Peirce se abre a la infinitud de una semiosis en la que el interpretante dinámico puede siempre intervenir. Saussure da la impresión de estudiar una cosa ya dada: los signos que se materializan en un producto social llamado lengua. La perspectiva de Peirce es la del producir: la actividad semiótica siempre en proceso, siempre inacabada.

Es cierto que Saussure advierte la diacronía de la lengua, pero sus exigencias metodológicas son la escisión de los puntos de vista diacrónico y sincrónico. Peirce, libre de los condicionamientos que impone una investigación psicosocial como la que pretende Saussure, ni siquiera se plantea distinguir esos puntos de vista. El espacio y el tiempo forman parte de la naturaleza del signo en su versión indexical y sobre todo en su versión simbólica, donde la convención apela a la categoría de interpretante que Peirce explicita y que Saussure de algún modo supone sin llegarla a reconocer, debido —como decimos— a su diseño del método.

Saussure no desarrolló la categoría de interpretante, implícita en el concepto de *valor* que deriva de la posición de los signos en el sistema (lo cual

equivale al interpretante inmediato en Peirce) y de la vaga apelación al *hecho social* (como interpretante dinámico). Esta apelación a la sociedad como instancia definidora del signo, conlleva a nuestro parecer la ruptura de la dicotomía y abre la lengua a la infinitud de la semiosis que Peirce reconoce desde el primer momento.

Si algunos discípulos de Saussure quisieron hacer del estructuralismo un discurso clausurado acerca de un objeto finito, fue por las razones metodológicas que había apuntado el maestro, pero no porque desconocieran ese dinamismo real que hoy la pragmática ha querido rescatar del olvido. De hecho, sus tres principales seguidores matizaron las interpretaciones más rígidas del maestro, admitiendo en la historia del lenguaje la historia de la civilización (Meillet), la vida individual y social del sistema (Bally) o el habla en la lengua (Sechehaye).

Si estas matizaciones no supusieron una quiebra de la fidelidad a Saussure fue porque en el fondo éste ya había reconocido el vínculo que liga a la lengua con el habla y al producto social con su agente colectivo, llegando incluso a sugerir que tal vez debería dedicar un curso ulterior a la lingüística del habla.

A pesar de todo, es innegable la preferencia de Saussure por la lengua. Esta preferencia se apoya en las mismas razones que han alejado de la pragmática al estructuralismo. La lengua es el objeto esencial del empeño lingüístico saussuriano, aun reconociendo el papel que el habla desempeña. Y no sólo lingüístico: la lengua es el arquetipo semiótico, porque es el sistema de signos más complejo, extendido y habitual de todos los que funcionan en la sociedad.

Peirce no sostiene lo mismo. Quizá porque no se detuvo del mismo modo que Saussure a observar a la sociedad, sino que desarrolló su teoría según el modelo matemático, axiomáticamente<sup>9</sup>.

De todos modos, ya hemos dicho que junto a las alusiones de Peirce a la pragmática —a los interpretantes dinámicos—, se encuentran las relaciones que los signos mantienen entre sí a la hora de explicar su constitución y su significado. Ya hemos comentado que para Saussure el *valor* de un signo es su oposición diferencial a los demás signos que integran el sistema y que según Peirce tal relación constituye para cada signo su interpretante inmediato.

Así, junto a la referencia a objetos empíricos, Peirce destaca la referencia a signos, hasta el punto de hacer de la primera un caso de la segunda, porque no existe contraste entre lo subjetivo y lo objetivo: el pensamiento se refiere a

<sup>9</sup> No es el único autor que emplea este método para estudiar el pensamiento. Un ejemplo de absoluta actualidad y cercanía es el Prof. Leonardo Polo en sus volúmenes de *Teoría del Conocimiento*, editados por la Universidad de Navarra.

la cosa sólo por denotar un pensamiento previo<sup>10</sup>. Según Saussure, «lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. La imagen acústica no es el sonido material, (...) sino su huella psíquica, la representación...». «Los términos implicados en el signo lingüístico son ambos psíquicos»<sup>11</sup>. El inmanentismo es —como ya hemos apuntado— un rasgo compartido.

Ahora bien, lo que para Saussure es objeto de una psicología que nunca desarrolla, es para Peirce objeto de un pensamiento que justifica filosóficamente inspirándose en Hegel y en Kant, pero aportando también argumentos originales.

Ni Saussure ni Peirce creían que los signos fuesen simplemente creaciones humanas: ambos reconocieron que los sistemas de significación enmarcan —y subordinan— la actividad consciente de sus usuarios. Saussure llama a esto *mecanicismo* y Peirce *vida simbólica*. El primero depende demasiado de la corriente positivista, que el segundo es capaz de relativizar, aun aceptándola.

La constante remisión de Saussure a la experiencia, al uso del lenguaje en la vida social, no cabe en la doctrina cuasi-necesaria o formal de los signos, en la semiótica de Peirce. Quien mediante esta premisa logra, sin embargo, resolver el problema de la referencia, que Saussure elude por razones de método.

Saussure es más cercano al sentido común; Peirce es más radical, más unívoco y más coherente. Y lo que en Saussure hay de novedad, se encuentra implícito en Peirce.

La teoría de este último carece de los resquicios que minan el edificio del primero, pero tal firmeza supone un precio: Peirce gana en coherencia lo que pierde en realismo. La construcción peirciana tiene la misma clase de perfección que el sistema de Hegel: sin fisuras, pero... en definitiva, un completo artificio.

## BIBLIOGRAFÍA

- Charles Sanders Peirce, *Obra Lógico-semiótica*. Taurus, Madrid, 1987. *Selected Writings*: «Some consequences of four incapacities»; *Carta a Lady V. Welby*; *Collected Papers*.  
 Ferdinand de Saussure: *Curso de Lingüística General*, Alianza Ed., Madrid, 1987.  
 Umberto Eco, *Tratado de Semiótica General*. Lumen, Barcelona, 1995.

10 Cf. Ch. S. Peirce: «Some Consequences of four Incapacities», *Journal of Speculative Philosophy*, vol. 2, pp. 140-157 (1868), y *Carta a Lady V. Welby*, 14 de dic. de 1908.

11 F. Saussure, *op. cit.*, p. 88.